

12 de abril de 2019

La historia de nuestro chalet "Las Golondrinas"
con recuerdos del Bariloche de antes
según Gregorio A. Loew

Como empezó todo esto? Sin conocer algunos detalles del pasado de nuestra familia y de la personalidad de nuestro padre, pienso que es difícil entender la historia.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial en Septiembre de 1939, nuestra familia de cinco (padres Jorge Maximiliano y Elisabet Loew, yo, Monique y Sebastián) vivíamos felizmente en Paris. Papá había nacido en Bucarest, Rumania en 1893, y Mamá en Hamburgo, Alemania en 1904. La guerra alteró las perspectivas de nuestra vida en Francia y nuestros padres decidieron por prudencia que saliéramos de Europa por algún tiempo. Un tío nuestro que ya vivía en Buenos Aires nos ayudó a conseguir visas de entrada a la Argentina y así fué que el 1º de enero de 1940 llegamos a Buenos Aires desde Génova, Italia habiendo viajado en el buque italiano SS Oceania.

Papá, de profesión era hombre de negocios pero sus verdaderas pasiones eran la música clásica y el piano, la política y las montañas. Criado en Rumania y siendo estudiante en Viena, había escalado cerros en los Cárpatos, en Austria, Suiza, Italia y Francia, incluyendo el Mont Blanc, la cima más elevada de Europa. A pesar de las circunstancias bastante dramáticas de nuestra salida de Europa, apenas llegamos a la Argentina, Papá

empezó a informarse sobre las montañas del país y las posibilidades que ofrecía el andinismo. Aunque el Aconcagua tenía fama internacional, lo que le contaron de la zona del Parque Nacional Nahuel Huapi le despertó mayor curiosidad. Fue así que ya el 20 de marzo de 1940, nuestros padres partieron de la Estación Constitución para un viaje de 48 horas en tren (y mucho polvo) a San Carlos de Bariloche. Ahí, se alojaron por unos diez días en el Hotel Parque, propiedad del Sr. y de la Sra. May (padres de Suzy) y pudieron conocer muchos lugares que aún hoy son las joyas de la zona: el Circuito Chico con el Llao Llao, el Lago Moreno y Bahía López, la excursiones por el lago con la Modesta Victoria vía Correntoso y Brazo Blest, el Circuito Grande vía Angostura y Lago Espejo, el Cerro Otto, y el ventisquero del Tronador vía Gutierrez y Mascardi. Según leo en el diario de Papá, él se entusiasmó a primera vista por la zona. Por otra parte, después de una de estas excursiones, Mamá se enfermó un poco y el Sr. May llamó al Dr. Juan Neumeyer que así fue uno de nuestros primeros conocidos en Bariloche, fuera del hotel.

Luego pasó un año hasta el fin de febrero de 1941. Esta vez Papá viajó de Buenos Aires a Bariloche en el coche de su amigo Mircea Sain y con nuestro tío Rodolfo Cohen, mientras que nosotros con Mamá, viajamos en tren. Al llegar a Bariloche todavía no había lugar en el Hotel Parque y el Sr. May nos alojó por unos días en la dependencia del hotel en Nirihuau. Esto nos familiarizó con el ambiente muy interesante del campo, los caballos y las ovejas. Después de hacer algunas excursiones al Cerro Otto y al Cerro Catedral con su amigo Mircea Sain, Papá empezó a buscar un guía para una expedición más ambiciosa. En ese entonces, los guías de montaña principales en Bariloche

eran Hans Nöbl y Otto Meiling. Hans Nöbl siempre aparecía en todas partes con su “Yodl” austríaco y no parecía ser muy serio, y Papá decidió contratar a Otto Meiling. El resultado fue que el 19 de marzo, después de salir de Pampa Linda a caballo y de pasar una noche en el refugio del Tronador, Papá, Mircea Sain y Otto Meiling salieron a las cinco de la mañana para conquistar el Pico Internacional (Añon) del Tronador. Mircea no quiso seguir más allá del Promontorio, pero Papá y Meiling llegaron a la cumbre a las 11 horas con una vista fabulosa. Creo que Papá fue el octavo del mundo en ascender este pico. Sin ninguna duda fue uno de los días más gloriosos de su vida!

Animado por este triunfo, Papá se entusiasmó por la zona y después de pocos días de investigaciones, el jueves 3 de abril de 1941, él y Mamá tomaron la decisión de comprar un terreno de unas dos hectáreas en el Km. 2,9 de la Avenida Ezequiel Bustillo (que entonces se llamaba Avenida San Martín) perteneciente al Sr. Gonella, en la presencia de un escribano y de un Sr. Mignacco de Bariloche como testigo. Durante esta estadía en Bariloche, también llegamos a conocer a toda la familia de Paco y Lini Sanjuan (hijas Ursula y Elisabeth), al Sr. Truzzel (futuro vecino nuestro), y a Hedy Neumeyer y su hija Beatriz.

En julio del mismo año nuestros padres tuvieron que regresar a Bariloche para firmar la escritura de la compra junto con el Sr. Gonella y el escribano Spoturno. En el terreno había unos magníficos coihues y cipreses pero aparte de estos, pocos árboles grandes, especialmente para protegernos del viento. Aprovecharon de este viaje para ponerse en contacto con el Sr. Frei del vivero Alpina y encargaron unos cuantos cedros, pinos,

macrocarpas, araucarias, arrayanes y árboles frutales para plantar en la propiedad. La mayoría de estos árboles todavía están vivos hoy. Más tarde también fuimos a comprar árboles en la Isla Victoria y trajimos algunos pequeños alerces del bosque en Chile cerca de Laguna Frias.

Al año siguiente, 1942, volvimos a Bariloche a fines de febrero, alojándonos de nuevo en el Hotel Parque. Aparte de algunas excursiones, el programa principal de ese verano fue de ocuparnos de nuestro terreno, conseguir que se corte el pasto y regar los árboles. Durante nuestra estadía (que yo pasé mayormente en cama por haber tenido un accidente de bicicleta), nuestros padres empezaron a pensar en construir una casa sobre el terreno. Conocieron a los arquitectos/construtores Lunde y Reichart en Bariloche pero no tomaron una decisión. A mediados de agosto y ya de regreso en Buenos Aires, nuestros padres conocieron a los arquitectos Figueroa Bunge y Beccar Varela que les hicieron excelente impresión y decidieron de contratar con ellos la preparación de planos para un chalet. Este trabajo tardó unos seis meses. Cuando regresamos a Bariloche en marzo de 1943, ellos tenían los planos en mano para mostrarlos a Lunde y Reichart. Al principio, Lunde les dijo que no había materiales en Bariloche para hacer tal construcción pero después de dos o tres semanas, las cosas se arreglaron y empezaron a hablar de un contrato y presupuesto de construcción que se concretó al principio de abril. Después de muchas discusiones, la construcción de un primer pozo y un acuerdo sobre el emplazamiento preciso de la casa, la construcción empezó el 20 de mayo de 1943. Papá contrato al Sr. Paco Sanjuán para que se ocupare de vigilar la obra durante nuestra ausencia.

La construcción de las fundaciones y de las paredes del chalet avanzó relativamente rápido y a mediados de octubre, se empezó a instalar el techo. Este acontecimiento tradicionalmente se celebra con una fiesta de inauguración y para cumplir con ello, nuestros padres pasaron unos días en Bariloche para organizar un gran asado el 30 de octubre. A este asistieron unas 70 personas, incluyendo a todos los vecinos, los Neumeyer, los Sanjuán, todos los obreros y Don Emilio Frey con su esposa Rosa. Don Emilio se lució con un pequeño discurso celebratorio. Todo esto a pesar de que Papá se había dado cuenta que las tejas de alerce usadas para el techo eran todas de mala calidad y que había que reemplazarlas!

En el verano de 1944, cuando volvimos a Bariloche por dos meses, la construcción iba teniendo más dificultades: las dimensiones de los marcos de las ventanas no correspondían a las dimensiones de los vidrios, y los pisos ya instalados crujían porque las vigas que debían sostenerlos no habían sido afianzadas correctamente. Todo esto dio lugar a muchos altercados entre mis padres y los constructores que tuvieron que rehacer una buena parte del trabajo. Yo tenía 13 años pero todavía me acuerdo de algunas de estas peripecias! Mientras tanto, todos los equipos para la casa, cocina, caldera, sanitarios, tanques, herrajes, etc. habían llegado de Buenos Aires ya que en aquel entonces, no se conseguían en Bariloche, y tenían que ser instalados. Al mismo tiempo, Papá decidió hacer construir el garaje junto con la futura casa del cuidador por otro constructor menos conocido llamado Schlögl, y encargó hacer instalar un cerco de postes y tranquilas típico de la zona a un Sr. Nahuelquin.

Mais tout est bien qui finit bien! y en mayo, Lunde y Reichart nos informaron que la casa estaba terminada. Nuestros padres viajaron a Bariloche por unos pocos días y el 24 de mayo les entregaron las llaves del chalet, casi exactamente un año después del comienzo de la obra! La mayor parte de los muebles para la casa habían llegado de Buenos Aires y estaban esperándolos en un vagón especial en la estación. Fueron transportados por camión e instalados en el chalet, lo que permitió a nuestros padres pasar la primera noche en su propia casa antes de regresar a la capital. Como dicen, todo el resto es historia!

Para ilustrar un poco esta historia, tenemos que describir el Bariloche de esa época y la gente que ahí conocimos. Lo que se llamaba Bariloche entonces era un pueblo de tamaño mediano. Ya existía el simpático Centro Cívico, el correo, el muelle dónde se amarraba la Modesta Victoria, la calle Mitre (casi la única que estaba asfaltada), la Moreno, el Banco de la Nación, la Costanera, la Catedral recién inaugurada, la Intendencia de Parques, el Automóvil Club y la estación del ferrocarril. Entre las calles Moreno y Mitre, bajaban varias calles perpendiculares más estrechas. El barrio alto a penas existía, ni tampoco la Avenida de los Pioneros aunque sí el camino del Faldeo no pavimentado, ni el Barrio Melipal. Había pocos autos y camiones, y por el centro todavía se veían jinetes a caballo. En la Mitre, había dos tiendas de ramos generales, la Casa San Martín y la Casa Lahusen. Al extremo este de la Mitre se encontraba la Casa Palm de materiales de construcción. Más hacia el centro estaba la confitería Tribelhorn, y en la calle Quaglia estaban los negocios del fotógrafo Kaltschmidt, la casa de recuerdos y pesca del Sr. y de la Sra. Verkys, y el negocio de

matras y fajas regionales de los Lührs. En la calle Moreno estaban la Despensa Modelo, el mercado y la casa de los Neumeyer. También en el centro estaban la sede del Club Andino, el Hotel Italia, una farmacia, la Escribanía de Lopez Gramaje, el taller de Schumacher y la ferretería de la familia Esquerra. Esto era más o menos todo lo importante que existía para nosotros. Galerías y fábricas de chocolate no existían.

Antes de comprar un auto marca Plymouth de segunda mano (1938), nosotros hacíamos todas nuestras compras en el pueblo con nuestras bicicletas, mochilas y canastas. La población era generalmente muy amable aparte de un grupo de marineros alemanes refugiados del Graf Spee (que se hundió por ordenes del capitán en el rio de la Plata en Diciembre de 1939) que habían formado una pequeña “quinta columna” nazi y a veces se manifestaban en la calle con banderas suásticas.

Nuestra propiedad se encontraba en el Barrio Los Maitenes. Para llegar a nuestra tranquera había que subir por el mismo camino vecinal de tierra y pedregullo que todavía existe hoy. Este camino que hoy es la calle Los Manzanos es bastante empinado y los autos que trataban de subir tenían que hacerlo en primera, si no, no llegaban. Conocíamos a un camionero que se llamaba Don Pedro cuyo camión, la chata de Don Pedro, se lucía por NO tener frenos: también tenía que bajar en primera para no chocar al llegar a la ruta. Cuando venía alguien a nuestra casa en coche, se sabía enseguida porque levantaba una enorme nube de tierra.

Todos nuestros vecinos eran muy simpáticos. Al oeste en la Casita Blanca, vivían los Mirelman. Arriba de la barranca estaban el Sr. y la Sra. Marksthaler y un poco más para el oeste, el Sr. y la Sra. Truzzel con una hija que se casó con un Sr.

Godfrey, y otra casa del Sr. y Sra. Gunner. Al este, el Sr. y la Sra. Meelbom tenían una propiedad mucho más grande que llegaba hasta donde hoy pasa la Avenida de los Pioneros. Los Mirelman y los Meelbom tenían una cantidad enorme de cerezos, guindos y manzanos y nos invitaban a recoger parte de sus cosechas, lo que hacíamos con gusto trepándonos a las ramas más altas! Nuestro terreno en aquel tiempo llegaba hasta donde están ahora el mirador, el pozo redondo y el mallín. Poco después, el Sr. Marksthaler vendió su barranca a un Sr. Morgan, y cuando Papa se enteró, se la compró extendiendo nuestra propiedad hasta casi la casa de Marksthaler. Más adelante, los hijos e hijas de los Meelbom heredaron la propiedad y mucho más tarde terminaron por venderla al Sr. Roccatagliatta que la transformó en lo que hoy es Villa Huinid. Los Marksthaler fallecieron y la propiedad es ahora el Camping Selva Negra. Los Truzzel y los Godfrey emigraron a British Columbia en Canadá y su propiedad y la de los Gunner son ahora el Colegio Woodville. El terreno de Mirelman fue subdividido y en parte de la propiedad están los bungalows de Los Manzanos; la Casita Blanca todavía existe.

La pasión de Papá por las montañas no terminó con el Pico Internacional del Tronador y en los años siguientes hicimos varias otras excursiones. Mamá todavía nos acompañaba pero después de una expedición al Cerro Dormilón perdió todo entusiasmo por la montaña. Esto fue debido a que durante la noche en el refugio sintió una laucha pasarle por la cara, y al regreso, cruzando el brazo Correntoso, se levantó una tormenta, se descompuso el motor de nuestra lancha y casi nos deja en medio del lago! A Monique le gustaba venir con nosotros al

cerro López. En esa época Sebastián era demasiado pequeño para ir a la montaña.

Después de terminado el chalet, vinimos cada verano y poco a poco llegamos a trepar todos las cimas del Lopez, el Pico Principal, la Punta Lührs y la Punta Finó con Strukelj que por un tiempo fue el cuidador del Refugio López. También con él hicimos el Catedral Sur, y con el guía suizo, Hemmi el Pico Argentino del Tronador, el Nireco con el Dr. Neumeyer, el Villegas con el Sr Mirelman, y el Cerro Shaihueque con la pareja Godfrey y mi compañero de colegio Serge Hurtig. Con el Club Andino me acuerdo que participamos en una expedición a la Laguna Frey con Don Emilio (Frey) y el Negro Esquerra (gran cantante!), y otra al Cerro Capilla que casi nunca se animaban a hacer por falta de acceso y picada. Además, a toda la familia le encantaba ir en invierno a esquiar en el Catedral.

Nuestros profesores de esquí eran Raymond, Hemmi y Acuña, mientras que Oertle nos reparaba nuestros viejos esquís de madera.

A fines de 1948, yo me fui de la Argentina, primero a Paris y luego a California para mis estudios universitarios que duraron casi diez años, y solo tenía noticias de Bariloche por intermedio de mis padres. En marzo de 1951 estando todavía en Paris estudiando física, quedé intrigado cuando Perón anunció en una conferencia de prensa que un experimento de fusión termonuclear controlada había sido llevado a cabo con todo éxito en una planta secreta en la Isla Huemul del Lago Nahuel Huapi, y que gracias a esto, la Argentina, ganaría acceso a fuentes infinitas de energía. Desgraciadamente, durante el año siguiente se descubrió gradualmente que los experimentos del

Dr. Ronald Richter, jefe del laboratorio, eran fraudulentos; toda su propaganda se desmoronó, terminando con su despido y el cierre de la planta de Huemul. La consecuencia positiva de este descubrimiento fue que el físico argentino José Antonio Balseiro que estaba estudiando en Inglaterra, regresó al país y poco a poco llegó a recuperar equipos de la Isla Huemul y usarlos para fundar un Instituto de Física Nuclear en lo que se llamó la Planta Atómica y que más adelante asumió el nombre de Instituto Balseiro en su honor.

Cuando después de diez años por primera vez volví de visita a Bariloche en enero de 1959, asistí a muchas charlas interesantes en la Summer School del Instituto, especialmente las de un profesor sueco llamado Ingmar Bergstrom. El habló mucho de la violación de la paridad en física nuclear que recién había sido descubierta por Yang, Lee y Madame Wu en Columbia University.

Papá falleció en 1961 en Buenos Aires pero Monique, Sebastian y yo seguimos viniendo bastante regularmente a Bariloche con Mamá. Al principio de los años 70, cuando yo ya había estado trabajando en el SLAC por más de doce años, conocí a Juan José Olcese del Instituto Balseiro y nos arreglamos para mandarle una sección del acelerador lineal del SLAC con un klystron que funcionó en el Instituto por muchos años.

Mamá falleció en Buenos Aires en 1987. Pero por más de treinta años, yo con mi familia californiana y Monique y Sebastián quedamos fieles a esta maravilla de la naturaleza que es el Parque Nahuel Huapí y a nuestros amigos locales. Mis recuerdos también están vinculados con la memoria de Ursula

Sanjuán de Mondino, Ruth Spagat, Dr. Raymond y Mariluz Guthman y Susy May de Salençon que nos dejaron hace algunos años.